

encauzará en lo real lo imaginario ;
pues el vulgar deber es el sudario
que envolverá el cadáver de este mundo.

X

¡Carmela del Castillo, alma bendita,
confía en mis cuidados ;
sé que el sepulcro es un lugar de cita
de todos los amantes desgraciados !
Y ya ves que no olvido
que hablándome de Pablo, me decías :
¿No habrá algún ser querido
que mezcle sus cenizas con las mías ?
¡Los dos en un sarcófago ignorado
reposaréis en paz, almas inquietas,
y uno del otro al lado
os verá el sol del día en que cansado
deje Dios de su mano á los planetas !

XI

¡Cuánto envidio á esas almas tan honradas
que, no estando tocadas
de la común miseria,
viviendo en lo fantástico elevadas
cual Platón llaman *lo otro* á la materia !
¡Bendito el santo fuego que redime
á esos seres benditos
que están por su pasión por lo sublime
ebrios siempre de sueños infinitos !
¡Candorosos ensueños de mi cuna,
renovad mis primeras emociones !
¿Qué realidad hace feliz ? Ninguna.
Pues si sólo hay verdad en las ficciones ;
si sólo, en lo ideal, da dicha alguna
la fe que hace latir los corazones...
¡quítame, oh Dios, el oro y la fortuna,
pero vuélveme á dar las ilusiones !

LOS BUENOS Y LOS SABIOS

POEMA EN CINCO CANTOS

A mi idolatrado hermano *Leandro*

CANTO PRIMERO

JUAN FERNANDEZ

I

Tocó á Pedro la suerte de soldado ;
pero hombre sabio y sin ningún denuedo,
todo desconcertado,
la sentencia escuchó verde de miedo.
Y como en casa había
otro hermano más joven que tenía,
como buen labrador, gustos sencillos,
gran corazón, gran pie, grandes carrillos,
y unos puños más grandes todavía,
el padre, por la madre aleccionado,
—Si á Pedro le ha tocado ser soldado
y tanto el traje militar le asusta,—
pregunta á todos de inocencia lleno,—
¿hay cosa más sencilla ni más justa
que vaya por él Juan, siendo tan bueno?—
Y nadie, por temor ó hipocresía,
contra esta vil sustitución reclama.
Y, pensándolo bien, Juan ¿qué valía,
comparado con Pedro, que tenía
la ambición del saber y de la fama ?
Y el cura, el alguacil y el cirujano,
todo el género humano,
encuentra natural que Juan, gozoso,
sacrifique á la ciencia de su hermano
su fortuna, su amor y su reposo.
Y á ninguno subleva esta injusticia
hecha á un ser sin malicia,
de aspecto agreste y de carácter tierno.
¡Oh bondad ! ¡Tú despiertas la codicia
de todos los demonios del infierno !

II

Mientras de Pedro el párroco asegura
que será en religión un alma pura
y un genio sin rival en medicina,
se burla él ya de la moral del cura
amando sin virtud á su sobrina.
Es Pedro un hombre silencioso y grave,
y, aunque ya tiene vicios,
¿qué importa en un joven que ya sabe
que fundaron á Cádiz los Fenicios?
Finge bien la modestia el petulante;
y con genio y carácter volteriano,
es un mal estudiante
que estudia bien el corazón humano.
Y, aunque escaso de ciencia,
como nació de escrúpulos ajeno,
le enseñó desde niño su conciencia
que ser sabio es más útil que ser bueno.
Dice él que no ama el oro, y no lo creo;
y blanco de ira y por envidia flaco,
material por placer, de instinto ateo,
de rostro afable y de intención bellaco,
vive con la mania
de maldecir de su feliz estrella,
y cual buen pesimista en teoría
le va en la vida bien y habla mal de ella.

III

Pero Juan, que era el bueno y trabajaba,
¿qué puesto entre sus deudos ocupaba?
Un puesto tal que, al repartir la madre
los dulces que á los hijos les feriaba,
—¿No das á Juan?—le preguntaba el padre,—
y ella decía:—Es cierto, lo olvidaba.—
Por cortedad hurraño,
sólo habla con las mulas y el rebaño
que hacia los campos guía,
sin saber qué hora es en ningún día,
ni el día, ni aun el mes, en ningún año.
Siendo tan sobrio Juan, á falta de olla
con cebolla y con pan se desayuna;
y ya alto el sol, sin diferencia alguna,
se come por variar pan y cebolla.
Como es todo mortal falto de trato,
según san Agustín, ó santo ó bestia,
por su gran castidad y su modestia

es Juan un Escipión y un Cincinato.
Para qué sirve el tenedor ignora,
y coge con los dedos las tajadas,
y ríe, cuando ríe, á carcajadas,
y aúlla como un lobo cuando llora.
Aunque tiene cierto aire de limpieza,
dice Pedro su hermano
que, al tiempo en que se rasca la cabeza,
se peina con los dedos de la mano.
Prescinde en esta vida del deseo,
de la ilusión, del oro y de la gloria,
y evita, dando vueltas á la noria,
vendándose los ojos, el mareo.
Y este ser tan benigno ¿es destinado,
sin tocarle la suerte, al heroísmo?
La bondad es el suelo preparado
en que siempre los sabios han criado
el pan con que se nutre el egoísmo;
y por eso ya el vulgo ha sospechado
que han de ser y que fueron un ser mismo,
Juan *Lanas*, el *buen Juan* y Juan *Soldado*.

IV

Juan tiene por amante
á una joven de carnes excedentes,
que echa mano á la oreja á cada instante
para ver si están firmes los pendientes;
pendientes de cerezas
que él recoge en el campo, de amor ciego,
y que ella fiel, con bíblicas ternezas,
antes los luce y se los come luego.
Es María, ó Maruja, una aldeana
que, cual base de un sueño delicioso,
tiene un tío riquísimo en la Habana,
bonachón, algo verde y ya gotoso.
Tiene además los ojos como soles,
y en las sienes, tocando á las mejillas,
dos rizos, sostenidos por horquillas,
llamados en Triana caracoles.
Responde á los requiebros con cachetes,
y, no estando de risa amoratada,
parecen sus mofletes
un compuesto de leche y de granada.
Ama Juan á Maruja tan de veras,
que si algo le pedía,
aunque ella le decía:—Lo que quieras,—
no sabía él tomar lo que quería.
Mas será para mí gran maravilla
si es fiel á Juan Fernández la aldeana,

porque, más que á una doble cortesana,
tengo yo miedo á una mujer sencilla;
que el candor con sus grandes honradeces,
tendiéndonos la red de sus patrañas,
enreda al cortesano en sus dobleces
lo mismo que á las moscas las arañas;
y la fe campesina es muy paciente,
pero, después de todo,
muy candorosamente
en el campo la gente
acomoda el amor á su acomodo.

V

En conclusión: Pedro obligó á su hermano
á que fuese á cumplir su mala suerte,
como aquel espartano
que en nombre de su honor, y lanza en mano,
mandó á su esclavo á combatir á muerte.
Y al ponerle en camino,
así Pedro habló á Juan:—Pues que el destino
suele hacer de un jayán un caballero,
y un héroe de un furriel adocenado,
no olvides, Juan, que, para ser soldado,
el despreciar la vida es lo primero.—
Después el cura, de latín henchido,
en vez de unos doblones,
le echó, con un sermón, dos bendiciones;
y el padre, algo afligido,
como el cura, le dió buenas razones.
Total: muchos sermones;
un sermón muchas veces repetido.
Sólo un viejo pastor ex guerrillero,
sacó, rompiendo en llanto,
dos monedas gastadas por el canto,
de un bolsillo de cuero;
y,—Toma, Juan,—le dijo,—
no te doy más, porque ya sabes, hijo,
que es cobarde un soldado con dinero.—
Y Juan, casi ofendido en su ternura,
se alejó más que aprisa,
porque á nadie afligió su desventura:
y es que, según el cura,
era tan bueno Juan que daba risa.
Víctima, en fin, de una implacable ciencia,
partió Juan con magnánima paciencia.
¡Admira el ver de lo que son capaces
esos hombres de bien que, pertinaces,
nunca pierden la fe ni la inocencia!



LOS BUENOS Y LOS SABIOS

Sólo un viejo pastor, ex guerrillero,
sacó, rompiendo en llanto,
dos monedas gastadas por el canto,
de un bolsillo de cuero:
y,—Toma, Juan,—le dijo,—
no te doy más, porque ya sabes, hijo,
que es cobarde un soldado con dinero.

VI

Mas cuando ya muy lejos, se extinguía
de un sol de otoño la postrera lumbre,
oye Juan, ó cree oír, desde una cumbre,
que es su casa un delirio de alegría.
Y se esforzó en seguir; pero, notando
que al llegar de su hacienda á los linderos
el perro con ladridos lastimeros
le solía llamar de cuando en cuando,
como en fin se reduce nuestra vida
al humilde rincón en que nos aman,
quiere ver con el alma enternecida,
si en su mansión querida
hay seres que le lloran y le llaman;
y por la sombra nuestro Juan velado
se volvió hacia su casa apresurado;
porque es nuestro destino
que pase el porvenir, como el pasado,
la mitad en andar por un camino,
y otra mitad en desandar lo andado.

VII

Al llegar, mira Juan por el postigo
lo que en la choza pasa;
mas se apoya en la esquina de la casa,
lo mismo que en el hombro de un amigo,
al ver desde la esquina
que, alrededor del fuego que brillaba,
el gato de la casa ya ocupaba
el rincón que él llenaba en la cocina.
Y al notar con tristeza
que olvidándose de él muchos reían,
mientras pudo observar con extrañeza
que en la cuadra las mulas no comían
por volver, para verle, la cabeza,
el triste, en actitud desesperada,
á su dolor se entrega
con la frente apoyada
sobre el tronco del árbol de la entrada
que da sombra á la casa solariega,
Luego el rostro volviendo hacia la puerta,
en tanto que su cuerpo sostenía
el árbol que en verano parecía
una jaula de pájaros abierta,
vió que algunos reían y cantaban:
y al mirar que sus deudos le olvidaban,

buscando en su dolor un compañero,
 abrazó con encanto verdadero
 el árbol cariñoso en que sesteaban
 seis gallinas, un gallo y un cordero:
 y hasta creyó que, respirando amores,
 le daba un tierno «¡adiós!» por vez postrera
 aquel árbol, tan lleno, en primavera,
 de perfumes, de ruidos y de flores;
 y entonces conoció su alma encantada
 cuánto al bueno alborozaba
 esa canción, sin nombre, susurrada
 por el sauce llorón que está á la entrada
 de la puerta sin puerta de una choza.

VIII

Y, en fin, viendo afligido
 que el mundo de sus deudos, divertido
 por festejar á aquel que se quedaba,
 al desdichado Juan, que se marchaba,
 dejaban de nombrarlo por olvido,
 humilde y humillado,
 lo mismo que un cachorro castigado,
 de dolor traspasadas sus entrañas,
 se marchó á ser soldado,
 al alborear de un día en que, aplomado,
 el cielo se apoyaba en las montañas;
 y huyó, y huyendo se mesó el cabello.
 ¡Ay del mortal que á conocer empieza
 por la primera vez lo que es tristeza!
 ¡Ay del que es bueno y se arrepiente de ello!
 Y solo, y de sí mismo frente á frente,
 empezó á conocer, aunque con pena,
 que es la propia bondad cosa excelente
 para escabel de la ventura ajena.
 Y al ver su porvenir desvanecido,
 maldijo... Pero luego, arrepentido,
 echó mano al bolsillo, en que tenía
 una estampa de un santo desollado,
 lo besó con furiosa idolatría,
 y después, alejándose de lado
 para ver bien la casa de María;
 los ojos se enjugaba, y resignado:
 —¡Cómo ha de ser! ¡cómo ha de ser!—decía.

IX

De este modo, obediente y con tristeza,
 vendido siempre Juan por su ternura,

fué á abismar su cabeza
 en esa bruma de la vida obscura,
 formada de altivez y de bajeza,
 de injusticia, de envidia y de impostura.

X

Y ahora que sabemos
 que lleva la bondad á esos extremos.
 ya escucho esta pregunta en vuestros labios:
 —¿Quién sabe más, los buenos ó los sabios?—
 ¡En el día del Juicio lo veremos!

CANTO SEGUNDO

JUAN SOLDADO

I

Ya vuelve Juan, entre himnos de victoria,
 de laureles ceñido;
 y aunque llega, cual veis, tan mal vestido
 del campo del honor y de la gloria,
 la luz del iris en su pecho brilla,
 pues lleva en él colgadas
 dos cruces encarnadas,
 una blanca, otra azul y otra amarilla.

II

Fué tan grande de Juan la bizzaría,
 que Pedro Antonio de Alarcón decía
 que en Tetuán se batió como una fiera,
 llevando en la batalla por bandera
 un pañuelo de hierbas de María;
 y añadía de Juan, que se quedaban
 de lágrimas sus ojos arrasados,
 si alguna vez, luchando, destrozaban
 un sembrado de trigo los soldados;
 porque era tan buenazo,
 que cuando airado para herir movía
 aquel fornido brazo,
 tan solamente daba, si podía,
 en vez de una estocada un puñetazo;
 así es que un día, exento de desprecio